

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XV

Diciembre de 1938

Núm. 162

## Puntos de vista

Don Samuel A. Lillo

**C**ON ocasión de cumplir el poeta Samuel A. Lillo cincuenta años de vida literaria, los escritores chilenos, afiliados al P. E. N. Club, Sociedad de Escritores y Alianza de Intelectuales, le prepararon un fervoroso homenaje en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Este homenaje merecido y justo, congregó a un público numeroso. Don Samuel A. Lillo, hermano de Baldomero nuestro gran cuentista, ha realizado una obra poética digna de los mayores elogios. Desde sus «Cantos de Arauco» hasta su último libro «Campanario de humanidad» una línea de amor a la tierra une y consagra estas expresiones líricas en que abunda el tono épico, cierta grandilocuencia que explica el amor del poeta por los temas heroicos de la raza chilena.

Son innumerables los escritores que le deben palabras de estímulo y también francos y cordiales actos de ayuda. Podríamos decir que don Samuel Lillo estuvo en la puerta de las letras. Este símil se esclarece fácilmente si decimos que fué Secretario del Ateneo durante muchos años. Era esa la puerta para la entrada a la tribuna sobre la cual se podía ver, tanto a los escritores ya consagrados, como a los que se aprestaban para intervenir en la dura e ingrata tarea de las letras. Dura e ingrata en estos ambientes—aunque ella en sí misma sea una alegría recóndita—puesto que la creación artística es una función alegre de la vida espiritual. Para tener acceso a aquella tribuna que fué la consagración para muchos, era preciso pasar por el tamiz del Secretario

del Ateneo. Lillo no cerraba la puerta sino cuando era menester, pero sin dar el portazo estruendoso que muchos en iguales condiciones, suelen o solían dar. La cerraba despacio si lo creía necesario, con temor, quizá si el mismo emocionado y doliéndose profundamente detrás de la puerta. El comprendía cuán doloroso es cortar una vocación y en el acto simple de cerrar una puerta, hay todo un drama, especialmente si de él depende el porvenir de un iluminado como es siempre el que siente en sí hervir el torbellino de la creación artística. Las impacencias son a veces imperiosas y ciegas. Se diría que el que las padece sufre con la idea de llegar tarde a una fiesta para la cual sólo hay algunos asientos disponibles. Y ocurre que llegar temprano es también un mal, una empresa de fatiga y agotamiento. Para las letras, el camino es áspero y no siempre fácil. Todos quisieran acortar las distancias, salvarlas con rapidez, encontrarse ya en medio a las alegrías de la consagración.

El Ateneo tuvo una vida excepcional en la historia de las letras chilenas de comienzos del siglo. Lillo fué su alma, su animador, el más entusiasta de los secretarios. Las veladas que se realizaban en la Universidad congregaban un público selecto y en su tribuna aparecieron en cada sesión los que han llegado a ser los más altos representantes de las letras nacionales. Cuando variaron las costumbres a raíz de la Guerra Europea—el Ateneo funcionó con regularidad hasta 1914—el Ateneo sufrió también las transformaciones inevitables y fué languideciendo su vida. Por fin, desapareció.

Pero el poeta que había sido el espíritu vivo de aquella institución continuó en su obra personal, sin amilanarse. Había sido maestro de algunas generaciones y el respeto que todos le manifestaban nunca fué quebrantado. Su obra le defendía en todo caso, porque en ella había puesto lo mejor de su personalidad, lo más firme de su probidad literaria. Don Samuel, como todos le nombran en la familiaridad de su vida honesta y ejemplar, jamás ha modificado la línea de su carácter. Ha sido siempre él, en todas las con-

tingencias, en todos los instantes. Un hombre bondadoso, de alta concepción del deber, y generoso en la entrega de sus afectos y de sus dones como poeta. El homenaje que se le rindió es el testimonio de su valer. Intervinieron en él escritores que aun en desacuerdo con su manera personal de entender la poesía, le admiran por su constancia, por su probidad, por su indiscutible firmeza espiritual. Y eso constituye el más alto homenaje para un hombre y para un poeta.

**Don Ricardo E. Latcham**

El 9 de noviembre de este año, la Universidad de Chile celebró el cincuentenario de la estada en el país del eminente investigador y hombre de ciencia británico, don Ricardo Eduardo Latcham Cartwright.

El señor Latcham ha mezclado, en su laboriosa vida, la acción y el estudio, los viajes y las meditaciones, los trabajos pacientes de la reconstrucción de nuestro pasado con el ordenamiento meticuloso de algunas de las mayores colecciones etnológicas y arqueológicas del país.

Su llegada al país en 1888 coincidió con el período de rescate de las antiguas posesiones araucanas en las provincias actuales de Malleco y Cautín. Recién recibido de ingeniero civil, se dedicó por varios años a conocer y penetrar la psicología del pueblo araucano en medio de sus trabajos en el Departamento de Colonización. Nada de lo peculiar de la antigua «Frontera» tuvo secretos para este investigador que formó sus teorías, al revés de otros hombres de ciencia, en el examen objetivo de las costumbres, creencias, ritos y supersticiones de nuestros indios araucanos.

El basamento posterior de algunas de las más potentes novedades científicas del señor Latcham se debió a esta insustituible convivencia con los aborígenes. Así echó las bases de dos de sus más revolucionarias teorías: la heterogeneidad de la población indígena de Chile y la intrusidad de los araucanos, pueblo invasor que asimiló, en parte, la cultura de los antiguos moradores de la